

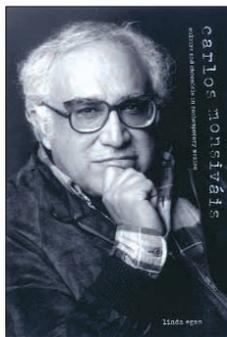
♦ *El Universo en una cáscara de nuez*, de Stephen Hawking ♦ *Diccionario breve de mexicanismos*, de Guido Gómez de Silva

♦ *Mantra*, de Rodrigo Fresán ♦ *Creía que mi padre era Dios*, de Paul Auster (compilador) ♦ *Una de dos*, de Daniel Sada ♦

# LIBROS

## BIOGRAFÍA INTELLECTUAL

### ¿Quién teme a Carlos Monsiváis?



Linda Egan, *Carlos Monsiváis. Culture and Chronicle in Contemporary Mexico*, The University of Arizona Press, Tucson, 2001, 276 pp.

La omnipresencia de Carlos Monsiváis en la vida política, cultural y literaria de México durante los últimos treinta años lo ha convertido, dada la extrema originalidad de una figura tan poderosa como esquiva, en un gran desconocido. Sus lectores mexicanos, así como los escritores que crecimos bajo sus variadas formas de magisterio, solemos ofrecer a Monsiváis las garantías de un mito (o de una mitología) cuya fecha de fundación se pierde en el origen de nuestros tiempos. Es tentador suponer que el cronista siempre estuvo allí y que ese último trecho del siglo XX mexicano, que va de 1968 a 2000, haya sido, en una medida retórica, más que un episodio de la vida nacional, la obra misma de Monsiváis.

La grandeza de Monsiváis radica, acaso, en su capacidad para crear esa ilusión

óptica. Esa peregrinación rutinaria que es la vida pública de Monsiváis harta y fatiga, alimenta heréticos deseos parricidas y excita la curiosidad de imaginar si México podría sobrevivir sin su vigilancia. Pero más allá de las confrontaciones de fondo y de los disgustos pasajeros, siempre queda una evidencia que yo reconozco sin rubor: existe una cultura mexicana, venerable por su calidad democrática y liberal, que sin Monsiváis sería inconcebible. Me es difícil escribir mayor elogio de un intelectual.

Pero la jefatura espiritual, que Monsiváis ejerce sobre esa opinión pública que él tanto contribuyó a rebautizar, ampliando sus límites, como Sociedad Civil, exige una crítica permanente y severa, un auténtico y etimológico reconocimiento. En ese sentido, *Carlos Monsiváis. Culture and Chronicle in Contemporary Mexico*, de Linda Egan, es algo más que una prudente introducción a la obra; es una herramienta utilísima para iniciar la arqueología del mito de Monsiváis. Este libro está diseñado en dos partes, “Carlos Monsiváis, journalist and theorist”, que examina al escritor público, y “Carlos Monsiváis, author”, un paseo por cinco de sus libros esenciales, a saber, *Días de guardar* (1970), *Amor perdido* (1977), *Escenas de pudor y liviandad* (1981), *Entrada libre* (1987) y *Los rituales del caos* (1995).

Dada la incapacidad de los críticos y profesores mexicanos a la hora de escri-

bir sobre nuestros autores vivos (para no hablar de los clásicos), era natural que un primer libro serio sobre Monsiváis se originase en la academia norteamericana, pues la materia de que está hecha la obra monsvaisiana se compone de ingredientes suculentos para llenar esa olla podrida que son los Estudios Culturales. Egan enumera el arco iris reflejado por Monsiváis: economía, política y sociedad, historia, cultura de masas, sexualidad, lenguaje y heteroglosia, así como los siguientes subgéneros de lo popular: melodrama, kitsch, *camp*, pop, cultura rural y estética de la pobreza.

Egan hace notar la poderosa influencia formativa que la cultura de los Estados Unidos, durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, ejerció sobre Monsiváis, uno de los hijos más brillantes, en mi opinión, de esa “primera generación de norteamericanos nacidos en México”, que él mismo exhibió con sorna. Una de las características que lo distinguen es la ausencia, en su discurso, de cualquier reflejo de antiyanquismo primitivo, pues Monsiváis —con el precedente de Salvador Novo y de Octavio Paz— es uno de los pocos intelectuales de su generación que entendió que la frontera con los Estados Unidos, más que profética maldición política, es una vertiginosa ventana a la modernidad cuya ignorancia es tan costosa.

Y tras leer *Carlos Monsiváis...*, comprue-

bo una vieja sospecha: esa cleptomanía cultural que la profesora Egan destaca en el escritor mexicano tiene mucho de whitmanismo. En Monsiváis es legible esa obsesión democrática que el poeta Whitman sufrió durante los años previos a la Guerra Civil, recogiendo todas las voces y todas las imágenes de la cultura callejera de los Estados Unidos para componer ese himno total de lo alto y de lo bajo que es *Hojas de hierba*. Hay en Monsiváis una pasión poética de esa naturaleza, tanto más admirable porque, careciendo por completo de alma de artista, es un escritor que ha buscado, en cada ciudadano, a un crítico de la vida.

Egan no pretende un acercamiento biográfico a Monsiváis —misión casi imposible tratándose de escritores mexicanos vivos o muertos— pero los datos que facilita no son, por conocidos, inútiles. De su educación protestante, cualquiera en particular, quedaron marcas indelebles. Lector de la Biblia, Monsiváis es un buscador de la verdad que vive la pasión evangélica por la palabra y aspira a la sanación de los oprimidos, un profeta puritano que expulsa, una y otra vez, a los mercaderes del templo. Pero, camino a Adrianópolis, este viajero solitario e infatigable acabó por convertirse, acaso a su pesar, en fundador de una iglesia autonómada la Sociedad Civil, cuyos rituales empezaron por ser caóticos y acabaron por convertirse en una liturgia laica cuyo altar ocupa con frecuencia Carlos Monsiváis, casi siempre para fustigar a su grey.

“El pecado fue el tema central de mi niñez y la idea de algún modo... ha seguido rigiéndome hasta ahora”, escribió el joven Monsiváis en una declaración que Egan no podía pasar por alto. Esta es la cesura radical entre su origen cristiano y su evolución como uno de los grandes secularizadores intelectuales de la sociedad mexicana, pues ha librado una batalla, casi teológica, contra la noción de pecado como rasero moral al servicio del poder. Pocos espíritus más liberales y agnósticos que el de Monsiváis. Más allá de su retrato del Niño Fidencio en *Los rituales del caos* o de su rastreo cotidiano de las proclamas emitidas por los jefes de la

Iglesia romana, Monsiváis es, venturosamente, algo más que un anticlerical. Estamos ante el más severo y profundo de los anticatólicos mexicanos. A su lado, Martín Luis Guzmán queda como un jacobino autoritario ayuno de cualquier noción de religiosidad. Aunque se cuidaría de declararlo explícitamente, creo que Monsiváis, en buena lid reformada, encuentra consustanciales a la república católica no sólo la superstición y el fanatismo, sino la exaltación nacional de la cultura de la pobreza. Sin los apuntes de Egan me hubiera sido difícil llegar a esta conclusión.

Monsiváis, aunque visitó las catacumbas del Partido Comunista Mexicano durante el medio siglo y dejó sentidos homenajes a sus muertos en *Amor perdido*, es un hombre de izquierdas ajeno al marxismo-leninismo. Gracias a su formación protestante y a la repulsión que siente por toda forma de impunidad, Monsiváis es, a veces en contra de su propia voluntad, un liberal tanto en el sentido norteamericano de la palabra como en la acepción mexicana, juarista del término. Padece de ese amor un tanto inocente por la igualdad y la desobediencia civil que viene de Thoreau, y es un defensor militante del Estado como garante de la laicidad. Ese doble liberalismo permite a Monsiváis pasar pruebas democráticas que otros reprueban, como lo es su decidida y creciente execración del régimen de Fidel Castro.

Entre los izquierdistas mexicanos, Monsiváis es de los pocos que encuentran la libertad política y la igualdad social como valores complementarios e inseparables, aunque su actitud ante el EZLN —bien documentada por Egan— es más ambigua que crítica. Se deslinda de la mística sacrificial del neozapatismo, por lo que tiene de repetitivo martirologio cristiano; pero ese “amor por los oprimidos”, tan propio de Monsiváis, es también el límite de su lucidez. El rebelde, en su óptica, siempre goza de la razón teológica y el imperativo ético, y más aún si es joven, categoría que le permite “equivocarse” en los métodos de lucha. Quienes paralizaron la UNAM durante casi un año nunca dejaron de ser, para Monsiváis,

unos chavos comprometidos en batalla desigual y torpe contra un poder político que en todos los casos es maligno. Y, masoquista como suelen serlo los predicadores, ni cuando los activistas del CGH lo maltrataron personalmente, en 1999-2000, se atrevió Monsiváis a despojarlos de su malhumorado, reticente y paternal manto protector. Ante los oprimidos, falsos o verdaderos, Monsiváis se ciega y pone su facilidad dialéctica al servicio de causas que acaban por hundirlo, me imagino, en dolorosas crisis de conciencia. La imagen es bella para la literatura; pero convivir con un “soldado de la paz, la hermandad y la justicia” y con el autonómado *ombudsman* de la sociedad, como lo llama Egan con ironía, no es fácil.

A diferencia de tantos académicos norteamericanos, Linda Egan parece comprender, a través de Monsiváis, las estrechas relaciones entre la política y la literatura que en México crean las condiciones de reproducción del intelectual público. En *Carlos Monsiváis...*, Egan acierta al presentarlo como un escritor situado en el pináculo de lo que ella llama “el elitismo intelectual” de México. En los países latinoamericanos, donde la asociación literaria es vista como un aquellarre y se espera del escritor —en tanto que creador coludido con el arte— una pureza angelical, resulta letal para la mojigatería *progre* que le profesan sus *fans* presentar a Monsiváis como uno de los grandes *mafiosi* de nuestra cultura, un animal político, con todo el instinto de sobrevivencia y la sagacidad selvática propios de su especie.

■

La historia política de la literatura mexicana en la segunda mitad del siglo XX está por escribirse, y Linda Egan concuerda con Enrique Krauze en presentar a Monsiváis como “el padrino de la generación del 68”. La partida civil que Monsiváis y sus colaboradores dieron ese año desde *La cultura en México* fue, a la vez, un memorable episodio de arrojo democrático y la fuente de legitimación de su grupo durante los años setenta.

En 1988, cuando la rebelión electoral neocardenista dividió a esa compleja

alianza de profesores, políticos y escritores que era el llamado grupo Nexos, Monsiváis, rodeado como estaba de la aclamación multitudinaria, emprendió la siguiente etapa de su carrera, una jefatura moral basada únicamente en su visibilidad pública y en su probidad ética, sostenida de manera tan sólo vicaria por otra clase de apoyos. Desde entonces, como lo dijo Adolfo Castañón, Monsiváis está destinado a ser el último escritor público que las multitudes mexicanas serán capaces de reconocer. Aplaudido por el público cuando ingresa a una sala de conferencias, detenido por los ciudadanos para sacarse la foto, Monsiváis, más que un candidato en campaña, parece el más exitoso de los predicadores, jerarca de una iglesia invisible que se reúne, al instante, donde se escucha su voz.

A través de la obra de Monsiváis encontramos a un mitógrafo y a un etnólogo profesionalmente condenado a sustituir los ídolos derrumbados por sus propias piezas de devoción. Muchos de los iconos populares respetados o tolerados por las élites intelectuales deben su culto a la autorización escrita de Monsiváis, quien encontró en personajes tan variopintos como las actrices de la época dorada del cine mexicano, Agustín Lara, Juan Gabriel, José Alfredo Jiménez, *sic transit gloria trevi* o Fidel Velázquez, a enternecedores o detestables paradigmas de la mexicanidad. Y dado que, inevitable escritor costumbrista, Monsiváis también dedicó sus afanes interpretativos a luminarias que hoy carecen de cualquier importancia sociológica, como los cantautores Raphael y Emmanuel, o a Raúl Velasco, está en su destino de juez instantáneo sentenciar popularidades de quince minutos.

Linda Egan aclara, en *Carlos Monsiváis...*, la forma en que el cronista socavó el canon de la identidad mexicana. Ante la afanosa búsqueda identitaria, Monsiváis es un analista cultural que casi siempre propone soluciones universales al drama particular del mexicano. Esa búsqueda whitmaniana de seres ordinarios que devienen arquetipos da escasa munición al multiculturalismo, pues

Monsiváis es un viejo pluralista, que busca en la exploración de la diferencia un sistema de valores universales. Ello es notorio en su actitud ante la agenda indígena o el indianismo del EZLN. Simpatiza con el derecho de rebelión de los indígenas ante una realidad oprobiosa sin apelar al color de la tierra, al síndrome de la pirámide y al derecho de sangre. Un momento capital en ese desarrollo, captado por Egan, fue cuando Monsiváis (rompiendo con el Octavio Paz de *El laberinto de la soledad*, el menos legible hoy día) dijo que la matanza del 2 de octubre había liquidado “la supuesta intimidad del mexicano y la muerte”. Leyéndolo con cuidado, queda claro lo lejos que Monsiváis está de la fascistoide noción del *México profundo*, obra de Bonfil Batalla, tragicómico padre del nuevo racismo mexicano. Para Monsiváis, parafraseando a Marshal Berman, la identidad se desvanece en el aire.

*Carlos Monsiváis...* es, también, una restitución de Monsiváis como hombre de libros, como autor de una bibliografía, aspecto a menudo oscurecido por su popularidad mediática. Linda Egan permite releer libros tan extraordinarios como *Días de guardar* o *Amor perdido*, lo mismo que lamentar, como yo lo hago, la recurrencia con que Monsiváis, periodista a destajo al estilo decimonónico, envilece sus logros estilísticos —de los que muchos somos deudores— sustituyendo las frases por los párrafos, confiado en que sus eternos lectores llevan décadas estudiando su jerga gramatical. Y es lástima que Egan no haya tenido tiempo de examinar *Salvador Novo. Lo marginal en el centro* (2000), en mi opinión, el más personal y desgarrador de los libros de Monsiváis, la pieza que lo conecta de manera definitiva con la gran tradición literaria mexicana.

Es notorio que mis deudas como lector de Egan dejan poco espacio para mis diferencias con ella, la mayoría insalvables, pues conciernen a la preceptiva teórica y literaria que cada crítico está en su derecho de ejercer. Pero me hubiera gustado que Egan se olvidase por un momento de sus estudiantes para explicarnos a los bárbaros, con amplitud, por

qué considera que el discurso de Monsiváis es *neobarroco*, *(post)moderno* o *neocolonial*, como si esas categorías teóricas fuesen de comprensión infusa más allá de los campus californianos. Y en el caso del último término, dado que como eurocentrista considero tan neocolonial a Monsiváis como a Norman Mailer, creo que la esforzada progenitura que Egan buscó en Bernal Díaz del Castillo, para legitimar la crónica mexicana del siglo XX, resultó un fracaso, a menos que se nos presente al escritor-soldado de La Antigua como el primero de los escritores postmodernos, puntada de la que son muy capaces en los Estados Unidos.

Tras la lectura de *Carlos Monsiváis...*, de Linda Egan, me quedo con la imagen de Monsiváis como el marginal que viajó hacia el centro, el espectador que se transformó en espectáculo, un liberal que cree en la utopía como distribución equitativa de la esperanza. Pero ese escritor no es el solitario solidario aplaudido por sus feligreses, sino un pesimista que se sabe, con inmenso dolor, predestinado para salvarse, convencido de que las buenas obras a nadie redimen. Monsiváis viaja a las regiones inferiores, aterrado ante la sonora trompeta del Apocalipsis, y profetiza actuando como un coleccionista de las palabras, los gestos y las conductas que componen esta nación. Si México desaparece —digo, es un decir—, por lo menos una pareja de cada especie sobrevivirá en el arca de Carlos Monsiváis, y al menos uno de cada uno de nuestros objetos tendrá su réplica en ese museo, no tan imaginario, que es su obra. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

## CIENCIA COSMOLÓGICA

# EL UNIVERSO SEGÚN HAWKING

Stephen Hawking, *El Universo en una cáscara de nuez*, Crítica / Planeta, Barcelona, 2002, 216 pp.

En 1960, Stephen Hawking apenas era conocido por su actuación como timonel del segundo equipo de remo de Oxford. Al igual que Albert Einstein

sesenta años antes, era un diletante de la física y no había sido muy bueno en matemáticas. De pronto, un día le descubren una progresiva y terrible enfermedad neurodegenerativa, el mal de Lou Gehrig, el genial beisbolista que sufrió de esclerosis múltiple hasta su muerte. Cuenta Hawking, quien a los siete años de edad había inventado un idioma, el *hawkingese*, que al presentarse los primeros síntomas y finalmente confirmarse el diagnóstico de esclerosis lateral amiotrófica, tuvo varios sueños perturbadores que lo llevaron a revisar el resto de su vida. En poco tiempo, su situación física no le permitiría más que pensar, y también esta actividad podría llegar a un fin prematuro. Como los *beatniks*, *bippies*, astrólogos y *drop-outs* de la época, decidió aventurarse y tratar de responder algunas de las cuestiones más oscuras, complejas y, al mismo tiempo, esenciales para los seres humanos. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué es el Universo? ¿Ha sido eterno y lo seguirá siendo? ¿Tuvo un principio, habrá un fin? ¿Cuál es la naturaleza del tiempo y el espacio? A diferencia de aquéllos, Hawking persistió en el camino arduo del escepticismo positivista y se limitó a atender los hechos y fenómenos que se manifiestan en la naturaleza.

Hawking se mudó a Cambridge, se casó, tuvo tres hijos y comenzó a pensar fuerte en los problemas de la joven ciencia cosmológica, basada en dos teorías fundamentales: la relatividad general de Einstein y la mecánica cuántica. Se esforzó por rodearse de colaboradores geniales en matemáticas y aprender de ellos y con ellos. La enfermedad progresó. Pero también aumentaron las discusiones con sus notables colegas Martin Rees y Roger Penrose, así como los debates con los físicos experimentales del CERN (la Organización Europea para la Investigación Nuclear) y el Fermilab. Todo ello le dio un cúmulo de datos y conocimientos que resumió en una serie de conferencias ofrecidas en Harvard, en 1982. Poco tiempo después apareció una versión aligerada de estas conferencias en el libro *Una breve historia del tiempo*.

Esta obra se convirtió en un éxito inusitado de librerías. En la mejor tradición

impuesta por Galileo y continuada en el siglo XX por George Gamow, Richard Feynman y Albert Einstein, es decir, escribir sobre los hallazgos complicados de la ciencia de tal manera que todos los entiendan, Hawking se impuso la tarea de compartir con el público el pensamiento atrevido de su época en cosmología, física de altas energías y astrofísica. Casi dos decenios después, Hawking vuelve a sorprendernos gratamente con una puesta al día de las ideas novedosas de estos últimos años, llenos de adelantos tecnológicos y descubrimientos espectaculares tanto en los confines del Universo como en lo más profundo de la materia que nos constituye.

Siempre citando o parafraseando a Shakespeare, Hawking se atreve en este nuevo libro a ir aún más allá, especulando sobre la existencia de otras dimensiones imperceptibles hasta ahora, el viaje en el tiempo y la aparición de un nuevo nivel de la realidad, subyacente, paralelo, de calidad membranosa y en el que puede haber un tiempo imaginario, ortogonal, así como existen los números imaginarios, los naturales y los primos. Hamlet dice: "Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirme rey de un espacio infinito..." Hawking se pregunta: ¿Pudo haber estado alguna vez el Universo encerrado dentro de una cáscara de nuez? Podemos sentir la vastedad del espacio en el que se localiza la Tierra con sólo echar un vistazo al cielo y, sin embargo, no es ni el presente ni el futuro lo que vemos, sino el pasado. Hawking, como muchos otros científicos, cree que todo dio inicio en el gran estallido de un punto donde estaban concentradas la materia y la energía. No era un punto esférico, pues si hubiera sido así, al levantar la vista hacia cualquier parte encontraríamos la luz de una estrella. El cielo sería blanco. En cambio lo que vemos es un telón negro salpicado de manchas brillantes. El Universo debe de ser, entonces, la proyección acelerada de algo más bien achatado y arrugado, como la nuez de Hamlet.

Hawking, junto con el brillante matemático Roger Penrose, adquirió prestigio al demostrar que la relatividad general de

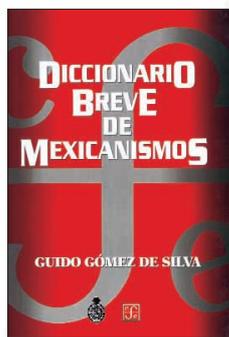
Einstein predice el inicio del Universo con una gran explosión y, por tanto, que el tiempo tuvo un comienzo, cosa que no le agradó nunca al propio Einstein. De ahí la aparición de su pesadilla, la constante cosmológica, diseñada para evitar los resultados "distorsionados" que obtenía en sus cálculos, en los que ninguna solución conducía a un Universo estático. De ahí también una frase famosa: "Dios no juega a los dados." Sin embargo, el modelo matemático de la relatividad general implica que el tiempo tendría un final si el Universo se expande y se acelera, como parece estar sucediendo ahora, en el que las estrellas secadas y las galaxias se colapsarán bajo la acción de su propia gravedad y formarán un agujero negro, dentro de unos quince mil millones de años. Según Hawking, estos resultados ayudaron a derribar la antinomia de la razón pura de Kant, pues quedaba eliminada su hipótesis implícita de que el tiempo tiene sentido, independientemente del Universo. Ahora sabemos que el espacio y el tiempo están imbricados y dependen del Universo en el que suceden. Por otro lado, la consolidación de la mecánica cuántica, con su fuerte carga aleatoria y de impredecibilidad, exasperó a Einstein, quien se negaba a creer que el Creador sería un jugador compulsivo, el cual pudo tirar unas pocas veces los dados después de la gran explosión y luego fue multiplicando exponencialmente los lances, hasta alcanzar la complejidad del Universo actual, aparentemente estable y armonioso.

A diferencia de la *Breve historia del tiempo*, este libro está muy ilustrado y hace uso de los recursos actuales del diseño y la ilustración digital, así como de fotografías recientes enviadas por el telescopio espacial Hubble y otras sondas. Esto facilita la comprensión del tema. Aun así, el lector deberá estar dispuesto a hacer un esfuerzo, pues, como sucede con casi toda la ciencia moderna y contemporánea, las ideas sobre las que se especula suelen golpear nuestro sentido común. Y si no estamos atentos, podemos llegar a conclusiones completamente disparatadas. —

— CARLOS CHIMAL

## DICCIONARIOS

# EL HABLA DE LOS MEXICANOS



Guido Gómez de Silva, *Diccionario breve de mexicanismos*, Academia Mexicana y Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Los diccionarios *especiales* se oponen a los *generales*. Éstos pretenden describir el léxico total de una lengua; aquéllos sólo determinado sector del vocabulario. Si se atiende a la naturaleza de sus entradas, los lexicones pueden ser *lingüísticos* (enlistan signos), *enciclopédicos* (aluden a las cosas) y *de lengua* (contienen signos y definiciones). Dentro de los especiales, conviene distinguir los *integrales* de los *diferenciales*. Por tanto, el *Diccionario breve de mexicanismos*, de Guido Gómez de Silva, es especial, de lengua y diferencial. Viene a sumarse a otras obras suyas, de la misma naturaleza, como el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* o el *Diccionario geográfico universal*, entre otros varios. Gómez de Silva es sin duda uno de los más laboriosos diccionaristas mexicanos.

La mayor parte de los diccionarios *generales* —si puede llamárseles así— de la lengua española que se han publicado en nuestro país no son sino resúmenes, casi siempre arbitrarios, del diccionario académico, destinados por lo general a los estudiantes de educación elemental y media. Muy lejos están de describir el léxico *total* de la lengua. Si el *Diccionario de la Academia*, de los generales sin duda el más completo, contiene apenas una

pequeña parte del vocabulario, resulta hasta burlesco llamar diccionarios *generales* a las simplificaciones que de él se hacen, con frecuencia ridículas en sus dimensiones. A pesar de ello no caben tampoco en la clase de especiales, pues sus autores no determinan cuál sector del léxico intentan atender. Hasta hace relativamente poco, no se hacían, en México, diccionarios de lengua especiales e integrales (es decir no diferenciales). Hoy contamos con varios excelentes productos de este tipo. El equipo dirigido en El Colegio de México por Luis Fernando Lara ha publicado ya tres diccionarios, cada uno más abarcador que el anterior, en los que se pretende explicar, de manera integral, el léxico del español de México. No quiere esto decir que contengan, en efecto, la totalidad de voces y acepciones de la lengua española de México, cosa por demás imposible. Lo que me importa destacar es que el marco teórico, el criterio de esas empresas es de carácter integrador y no diferenciador: no les interesa explicar sólo el léxico exclusivo del español mexicano, sino que orientan su trabajo a la definición de todos los vocablos que lo integran (o al menos de los más importantes estadísticamente hablando), sean o no exclusivos.

Hay más tradición, en nuestro país, como era de esperarse, en la preparación de diccionarios *especiales* y, además, *diferenciales*, en los que se explican los vocablos y acepciones que se juzgan propios o exclusivos del español mexicano. Hay que aclarar que, en la práctica, es imposible hablar de mexicanismos *stricto sensu*, si por ello se entienden vocablos o acepciones presentes en los idiolectos de todos los mexicanos y ausentes en los idiolectos de todos los no mexicanos. Creo que, generalmente, cuando un lexicólogo o un dialectólogo habla de *mexicanismos* está aludiendo a voces o acepciones que emplea o conoce la mayoría de los mexicanos y que desconoce o emplea poco la mayoría de los no mexicanos. Son, entonces, mexicanismos *lato sensu*. Una clara prueba de que esta clase de vocabularios (especiales y diferenciales) son los que más se han preparado en nuestro país es

el hecho de que la Academia Mexicana, hace poco, logró reunir nada menos que 138 “listas de mexicanismos” (la más antigua es del año 1761), que no son otra cosa sino *diccionarios de mexicanismos* de muy diversa extensión y calidad. Con las palabras que aparecen en esas listas, la Academia preparó y publicó un *Índice de mexicanismos* (es decir una lista de vocablos sin definición) que contiene la nada despreciable cantidad de 77,000 voces.

Buena parte de la originalidad del trabajo de Gómez de Silva consiste en haberse valido de ese índice para elegir, me parece que acertadamente, los mexicanismos que integrarían su *breve* diccionario. Trataré de justificar esta opinión. Los diccionarios diferenciales suelen rivalizar por incluir el mayor número posible de *-ismos* (mexicanismos, en nuestro caso y, con mayor evidencia, *indigenismos*), sin percatarse de que se usen o no (en el español de México), lo que evidentemente distorsiona la realidad lingüística y confunde a todo el que los consulta. Muchos *-ismos* se proporcionan a veces por razones eruditas, a pesar de que carezcan de vitalidad entre los hablantes. Ahora bien, cuando sucede que determinada voz o acepción está considerada no en uno sino en decenas de diccionarios de mexicanismos, es muy probable que estemos ante un mexicanismo vivo, que debe ser considerado parte integrante del léxico del español de México. Aclaro, además, que las palabras contenidas en el *Índice* de la Academia Mexicana fueron sometidas a una encuesta con mexicanos de todas las regiones del país, para ver cuáles de ellas eran mejor conocidas por los informantes. Guido Gómez de Silva escogió, por una parte, sólo aquellas voces que estaban registradas en varias listas (y no sólo en una o dos) y, por otra, las que resultaron conocidas por la mayor parte de los informadores. Con este procedimiento, de las 77,000 entradas del *Índice* se quedó sólo con 6,200, que constituyen los artículos de su *Diccionario breve de mexicanismos*. Estamos pues ante un diccionario, breve ciertamente, pero de verdaderos mexicanismos (*lato sensu*, obviamente) y no de *rarismos*, como suele

sucedan con otros vocabularios de este tipo.<sup>1</sup> No quiero decir que no convenga disponer de un diccionario en que podamos encontrar las definiciones de todos los rarismos, sobre todo de aquellos que están documentados en alguna obra literaria. Lo que digo es que no debe confundirse un *tesoro* de este tipo, con los mexicanismos que forman parte del léxico del actual español de México.

Puede hacerse un ejercicio sencillísimo. Tomemos las veinte primeras entradas del diccionario de Gómez de Silva y comparémoslas con el mismo número de primeros artículos de otros diccionarios tradicionales de mexicanismos. En el que estoy comentando aparecen las siguientes (suprimo las locuciones):<sup>2</sup> *abajéño*, *abanderar*, *abarrotado*, *abarrotar*, *abarrotero*, *abarrotar*, *abarrotes*, *abonero*, *abordar* ('subir a un avión u otro vehículo'), *abue*, *abuelito*, *abusadillo*, *abusado*, *acabadito* ('agotado, extenuado por la vejez'), *acalambreado*, *acalambreado*, *acalambreado*, *acalambreado* ('langostino de río'), *acambareño* ('perteneciente o relativo a Acámbaro'), *acamellonar* ('hacer camello nes'), *acapaneca* ('miembro de un grupo indígena del estado de Jalisco'), *acaponecense* ('perteneciente o relativo a Acaponeta'), *acapulqueño* y *acarreado*. Algunos mexicanos pueden desconocer, quizá, *acamaya*, *acamellonar*, *acapaneca* y *acaponecense*, es decir, un 20% de los artículos.<sup>3</sup> Las veinte primeras entradas de Santamaría son las siguientes: *a* ('castellanización

del elemento compositivo azteca *atl*, 'agua'), *aatam* ('nombre que se daban a sí mismos los indios de Sonora y Arizona'), *ababábite* ('planta morácea silvestre'), *abadanado* ('con caracteres semejantes a los de la badana'<sup>4</sup>), *abadejo* (cierto insecto), *abajéño*, *abajo* ('curso y ribera inferiores de los ríos'), *abal* ('jobo o ciruela agria'), *abalanzadero* ('lugar del cauce de un río a propósito para abalanzar los ganados'), *abalanzar* ('echar ganado al agua'), *abalo* ('tilizapote, tempisque'), *abalserar* ('formar un *balsero* o montón de cosas desordenadas'), *abalumar* ('poner cosas de modo que formen gran bulto o balumba'), *aballuncar* ('conducir el ganado'), *abanarse* ('golpearse con la cola las bestias su propio cuerpo'), *abandonar* (minería: 'dejar de explotar por determinado tiempo el fundo'), *abandono* ('dejadez, gracia descuidada'), *abanicar* ('hacer aire con cualquier objeto al agitarlo'), *abanico* (planta amarantácea), *abarcar* ('comprar gran cantidad de una mercancía'). Me temo que buena parte de los vocablos y acepciones anteriores (mexicanismos, según Santamaría) son desconocidos por la mayoría de los mexicanos.

Gómez de Silva se nos muestra original también en el estilo de redactar las definiciones (y también la introducción de su diccionario). Este vocabulario no es ni pretende ser una obra erudita. Su destinatario ideal no es precisamente el lexicólogo enterado, aunque también a él le hará provecho su consulta, sino sobre todo el lector culto y curioso de su lengua. Su estilo es, si se me permite la expresión, didácticamente sencillo: no hay en el libro ni tecnicismos innecesarios, ni rebuscamientos pedantes, ni digresiones anecdóticas. Lo que ahí se explica puede entenderlo cualquiera que sepa leer. No quiere esto decir que las definiciones sean siempre breves y escuetas. En ocasiones no queda otro remedio que extenderse, pero esto obedece no al prurito de complicar las cosas sino de que se entiendan. Cuando se puede explicar un concepto con pocas palabras, Gómez de Silva emplea pocas palabras, sus definiciones

son generalmente concisas;<sup>5</sup> cuando se necesitan más, se usan más pero con una redacción clara y ordenada.<sup>6</sup> En sus artículos, informa a sus lectores de los rasgos semánticos imprescindibles de las palabras y deja de lado lo que pueda distraerlos de lo esencial. Cuando dispone de etimologías más o menos seguras, las anota.<sup>7</sup> Cuando resulta útil, en vocablos procedentes de otras lenguas diversas de la española, se proporciona, entre barras, la pronunciación usual en México.<sup>8</sup>

Algunos otros aspectos relevantes: los dígrafos *ch* y *ll* "se tratan como combinaciones de dos letras, de modo que *ch* precede a *ci* y *ll* a *lm*" (p. x). Esta manera de alfabetizar las entradas, ya adoptada por la Academia Española en la más reciente edición de su Diccionario (la 22ª de 2001),<sup>9</sup> es la que prevalece en los diccionarios de todas las lenguas que cuentan con alfabeto latino. Por otra parte, bien hace el au-

5 Anota en la "Introducción": "Las consideraciones de espacio hicieron necesaria la concisión, que se logró no dando siempre todas las formas intermedias, y no presentando las pruebas y la evaluación en que se basa cada aseveración" (p. ix).

6 Para definir *chido* (*a*) necesitó cuatro palabras ('bueno, de lo mejor'). Sin embargo es larga (pero coherente) la definición de la *torta* o *torta compuesta* mexicana: "Especie de emparedado hecho típicamente de un pan llamado *telera* partido en dos horizontalmente. Se le quita el migajón; se le pone todo lo siguiente: aguacate (o guacamole), frijoles refritos, cebolla, lechuga tijereteada, rebanadas de jitomate, ruedas de rábano, rajas de queso panela, chiles en vinagre y crema, más uno de los rellenos que siguen y que le dan el nombre (es decir, torta de lomo, torta de pierna, etc.): lomo, pierna, pavo, sesos, milanesa, pollo, jamón, queso, huevo revuelto." Alguien dirá, con razón, que a esta tan extensa y enumerativa definición le faltan datos; sin embargo lo explicado por Gómez de Silva es suficiente para no confundir la "torta compuesta mexicana" con algún otro tipo de bocadillo. Otros, por lo contrario, preferirán una definición más breve, como la que puede leerse en el Diccionario de la Academia: "Pancillo partido longitudinalmente que se rellena con diversos alimentos." En efecto, es una breve definición; sin embargo es muy probable que quien no conozca la torta mexicana, tampoco tendrá cabal idea de ella después de leer la definición académica.

7 Compárese, por ejemplo, el artículo *tlaconete* en Santamaría y en Gómez de Silva. Éste anota los siguientes datos etimológicos: "Del náhuatl *tlalconetl*, literalmente = 'hija (o hijo) de la Tierra', de *tlalli*, 'tierra, suelo' + *conetl* 'niño, niña'. Aquel también anota, más brevemente, el origen de la voz: "del azt. *tlalli*, tierra, y *conetl*, hijo". Mientras Gómez de Silva abrevia acertadamente la definición ('caracol de tierra, babosa'), Santamaría se extiende en datos ciertamente pintorescos pero que distraen al lector de lo importante: "Cierto animalito asqueroso y repugnante, especie de babosa, que vive en los lugares húmedos. Corre la conseja de que se introduce en la vagina de las mujeres, y sólo puede extraerse por coito; de suerte que es temible para las vírgenes."

8 Por ejemplo: w.c.: /doble u ce/.

9 Y por otros, como el de Manuel Seco et al. (*Diccionario del español actual*, Madrid, 1999).

1 Y aun con diccionarios generales, como puede observarse en algunas ediciones del académico. Como simple ejemplo, considérese que en la vigésima edición (1984), entre otros muchos, se incluyen los siguientes indigenismos, explicados como mexicanismos, es decir como voces propias del español de México: *amanal*, *apaste*, *cacabuey*, *camance*, *canacuete*, *cenanclé*, *cicimate*, *ciaguatera*, *cimate*, *clazol*, *co-cuiza*, *cojolite*, *cozolmecca*, *cuajicote*, *cuanolote*, *cbacate*, *chbalate*, *cbamagua*, *chichilasa*, *escajocote*, *escaupil*, *jagua*, *jiquitele*, *macuteño*, *nacascolo*, *nambimba*, *oocozol*, *pacana*, *pacho*, *soncle*, *tacbi-gual*, *tacuacín*, *talcbocote*, *tapisca*, *tecol*, *tempisque*, *tepebecbín*, *teucali*, *tiste*, *totoloque*... Evidentemente estas voces no pertenecían, en 1984, al idiolecto de la mayor parte de los mexicanos (ni siquiera, creo yo, de unos pocos); no formaban parte, por tanto, del español mexicano. Muchas de ellas, quizá por estar documentadas en algún texto literario, persisten en la más reciente edición (2001). Su consignación, en un diccionario general, puede tal vez justificarse. Es necesario empero aclarar que estos vocablos no pueden formar parte de un mismo grupo junto con otros mexicanismos conocidos y empleados por la mayor parte de los mexicanos.

2 Del tipo de *ábranla que lleva bala*, *abundancia crea vagancia*, *echarle a alguien la aburridora*.

3 Aunque, en algunos de ellos, les será fácil deducir el significado, dado que conocen la voz primitiva, como *acamellonar*, por ejemplo.

4 *Badana*: piel curtida y fina de carnero u oveja.

tor en no seguir a la Academia Española en otras características de su Diccionario, como por ejemplo en ciertas *castellanizaciones* ortográficas de vocablos extranjeros. Gómez de Silva anota *flash*, *whiskey* y *garage* como en inglés (las dos primeras) y francés (la última), porque así se escriben en México; mal haría en emplear las graffas *flas*, *giisqui* y *garaje*, que aparecen en el Diccionario académico, por la simple razón de aquí nadie los usa. En efecto, el DRAE debe verse, para los restantes diccionarios de lengua española, como un modelo no sólo por su respetable antigüedad y tradición, así como por su constante afán de renovación y actualización, sino porque, al menos en su más reciente entrega, es el resultado del trabajo conjunto de todas las academias de la lengua. Sin embargo para que el título de “Diccionario de mexicanismos” no sea sólo eso sino que en efecto describa el contenido, es necesario poner énfasis en todo aquello en lo que el español mexicano, sin dejar de ser lengua española, se aparta ya sea del español llamado estándar, ya sea del propio o de alguna otra zona geográfica particular. En eso consiste precisamente su carácter de diccionario diferencial.

Termino anotando que no puede señalarse, como defecto de un Diccionario breve de mexicanismos, su *brevedad*, ya anunciada en el título. Al contrario, se agradece que en este caso se trate en efecto de una obra de consulta fácil. Sin embargo no puedo dejar de recomendar a su autor que considere este lexicón sólo como una primera etapa en la larga empresa de explicar el riquísimo léxico del español mexicano. Ojalá pronto nos entregue Guido Gómez de Silva otro diccionario de mexicanismos, ya no necesariamente breve. —

— JOSÉ G. MORENO DE ALBA

## NOVELA

### GANAR LEYENDO

Rodrigo Fresán, *Mantra*, Mondadori, Madrid, 2002, 539 pp.

Es curioso que dos de las mejores novelas sobre México de los últimos

años hayan sido escritas por un chileno (Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*) y ahora por un argentino. Es aún más curioso que ambas sean, si no novelas de iniciación propiamente dichas, sí manifiestos de dos generaciones contiguas, la del sesenta y ocho y la de los noventa. Y aún más asombroso que las dos hagan un corte transversal de la cultura mexicana; la primera a través de la crónica casi fidedigna de sus fiestas, y *Mantra* sobre todo en la segunda parte de la novela, que está construida como un gran diccionario que nos recuerda al mejor David Guterson. Las diferencias, huelga apuntarlo, son también muchas: la ambición de Bolaño no es similar a la perpetua parodia de Fresán, quien no se amedrenta ante la perspectiva de escribir una especie de novela *uroboros*, que termina por mordirse la cola y por presentarse a sí misma como una propuesta inacabada para la reconstrucción del lector —uno de sus principales méritos pese a la desigualdad de las secciones que forman *Mantra*. Ambas son igualmente frescas y significan una bocanada de aire puro en la novela urbana sobre la ciudad de México, un género con una ya muy particular genealogía y con una tradición nada despreciable.

En la primera parte de la novela, Fresán —con una mirada más maliciosa a la infancia, que parece ser su tema predilecto, y con una acidez mayor que en *Esperanto*— repasa el encuentro del narrador con el mexicano Martín Mantra, hijo de dos actores de telenovela que viajan por América Latina haciendo del género una forma de vida que será el final del propio Mantra, quien quiere hacer una telenovela total —un filme total donde su propia familia, en un *reality show*, viva y sea filmada hasta la apoteosis y la ruina (su destrucción en la mansión *El Cielito Lindo*, en el terremoto que hace del DF la NTT, la Nueva Tenochtitlan del Temblor, en la que todos están muertos y en la que: “Sonamos para hacer silencio. Cantamos para callar”).

Pero *Mantra* no es sólo un conjunto de ocurrencias —la novela diccionario lo permite, y el ingenio de Fresán lo posibilita

con creces en algunas entradas francamente geniales—, sino un fresco melodramático de indiscutible y perturbador vigor literario. Y voy a lo último, ¿por qué *Mantra*, particularmente en su primera parte, perturba tanto?

Creo que el sueño de Martín Mantra, filmar una telenovela en tiempo real, se convierte en una metáfora —no una alegoría como *El disparo de Argón* de Villoro o *El dedo de oro* de Sheridan, en las que los símbolos tejen una red de significados precisa— de la *condición mexicana*, si existe: “Ya no recordaremos nuestro pasado como si fuera una película, porque nuestro pasado será una película de la que seremos primero protagonistas, para poder ser espectadores después”, dice Mantra. Toda telenovela cuenta, como las novelas del XIX, una tragedia familiar. Podría haberse llamado, como en Hugo Claus, *La pena de México*, la historia de esta nuestra tragedia familiar, la de un clan llamado Mantra o México (no es gratuito que el narrador se implique en esa trama familiar y se enamore de la prima francesa María-Marie Mantra, a quien se dirige en la segunda parte de la novela, la construida en forma de diccionario, cuando se halle ya dentro del peculiar *Tiempo Mexicano*, el *Times* y sus sueños de paraguas cerrado que cantaba Dylan).

La última sección es una parodia, no siempre bien lograda pero sí de humor negro, de *Pedro Páramo*, y es el regreso cíclico al Mictlán con el que inició la novela y el narrador como Juan Preciado, buscando a Martín Mantra hasta encontrarse con un montón de piedras que es un montón de ruinas para disparar la última y única bala de su pistola a una lejana estrella. Acaso sea la sección en la que Fresán abusa más de su propia sintaxis, llegando al extremo de que la parodia sea a ratos una sucesión de chistes (una parodia que, además, necesita forzosamente al modelo aunque no lo justifique, como en la puntada de que la madre del narrador-Juan Preciado sea una computadora y que el otro interlocutor sea P.P. Mac@rio, quien lo lleva a la Comala defecha de la novela hasta la resurrección final en el Día de los Vivos).

Vital pero desencantada, *Mantra* nos devuelve un rostro siniestro. El propio narrador (aquejado de un tumor –palabra curiosamente ausente del diccionario donde María-Marie establece su magnífica teoría de las piscinas– *Sea Monkey* que lo dejará al fin vegetal) lo sabe cuando afirma: “La magia secreta de un libro ajeno –un libro escrito por alguien que no somos nosotros y que, incluso, es un libro que ni siquiera nos pertenece– reside en que enseguida se vuelve nuestro y propio y nos obliga a pensar que uno [...] tiene algo que ganar leyendo”, especie de credo de la propia novela mexicana (o defeña, por qué no) escrita por un argentino: desde la inmortalidad de la infancia a la inmortalidad del regreso el día de la muerte. –

– PEDRO ÁNGEL PALOU

## RELATOS

### CORAL AMERICANA

Paul Auster, comp., *Creía que mi padre era Dios*, Anagrama, Barcelona, 2002, 521 pp.

Este libro nació en la radio. Hace dos años Paul Auster convocó a los escuchas de su programa radiofónico a escribir y enviar algunos relatos personales. Sólo fijó dos condiciones: que los textos fuesen breves y rigurosamente verídicos. La idea era simple: leer algunos de esos relatos durante la emisión mensual del programa. Pero la abrumadora respuesta del público dispuso otra cosa: no fue posible leer al aire los cuatro mil relatos y, casi de inmediato, se pensó en reunirlos en un libro. Tampoco fueron suficientes las páginas de ningún tomo y, por ello, hubo que seleccionar algunos textos y descartar todo el resto. El mismo Auster se encargó de la tarea. El resultado fue *Creía que mi padre era Dios*, libro disperso y extraño, construido con ciento ochenta relatos y dispuesto a la manera de un vasto mural sobre la vida estadounidense.

El libro fue escrito por *amateurs* y se nota. Los valores literarios son escasos y, a veces, inexistentes. A menudo los tex-

tos están escritos con entusiasmo pero rara vez con destreza. Hay voluntad pero no de estilo: se quiere narrar lo vivido sin importar demasiado la manera en que se haga. Sólo un puñado de autores tiene vocación y oficio: sus textos brillan sin problemas. Estos relatos son los más legibles pero no los únicos: incluso los textos más pobres se leen fácilmente. Todos y cada uno gozan del privilegio unánime de la literatura estadounidense: la fluidez y la velocidad narrativas. Ante ellos pueden esgrimirse las mismas críticas que ante buena parte de las letras norteamericanas: falta de ideas, ausencia de estilo, superficialidad aparente. Pero una cosa es innegable: su rara eficacia narrativa. En Estados Unidos los relatos avanzan y avanzan rápidamente. La agilidad de su cine es, con frecuencia, la agilidad de su prosa. No hay barroquismos sino estilos tan limpios y depurados como sus suburbios. La eficacia es su marca.

Más importante es la suma de los relatos. Solos, son desiguales muestras de la eficiencia estadounidense; juntos, son piezas de un extraordinario mural de Estados Unidos. El libro consigue lo que no habían logrado antes poderosos narradores: contener entre sus dos tapas casi toda la realidad norteamericana. Ni siquiera John Dos Passos o Don DeLillo habían trazado una pintura de estas dimensiones. Aquí descansa casi todo aquello que define a la potencia: carreteras y suburbios, desiertos y avenidas, beisbol y negocios, racismo y guerra, sida y religión. No son grandes historias sino, más convenientemente, anécdotas cotidianas, vividas y escritas por individuos ordinarios. No hay tesis ni conclusiones: sólo voces y testimonios. El libro tiene la ventaja de su autoría colectiva y la explota con provecho: celebra la pluralidad y la contradicción. Así, dice mucho más sobre Estados Unidos que cualquier obra de, por ejemplo, Paul Auster.

Sólo la presencia de Paul Auster impide que el libro sea memorable. Cualquier editor habría sido un obstáculo pero ninguno como Auster: su visión del mundo es demasiado estrecha como para no afectar la riqueza de este tomo. A

él le interesan apenas un puñado de asuntos, el azar y el destino sobre todo. Aquí también rigen sus obsesiones: la mayoría de los relatos están demasiado cercanos a su sensibilidad. Hay encuentros casuales, golpes de suerte, múltiples accidentes, coincidencias inexplicables, oscuros pliegues fantásticos ocultos en la superficie de la realidad. A ratos, incluso, Estados Unidos parece un remedo del mundo delineado por Auster, ligeramente inquietante y ferozmente arbitrario. A algunos esto les parecerá un acierto y a otros un lamentable equívoco. La bibliografía de Auster se suma otro libro, pero el libro pierde pluralidad y viveza. Estados Unidos es mucho más de lo que Paul Auster sospecha.

No obstante, la emotividad –un elemento ajeno a su obra– se filtra en casi todos los relatos. La gente aquí reunida aprovecha la escritura para exponer sus sentimientos a través de anécdotas íntimas. Algunos optan por testimonios menores: un objeto perdido y después recuperado, una mascota muerta, una amistad olvidada. Otros son menos reservados y narran eventos más emotivos: la muerte de un familiar, la crisis amorosa, un día de permiso fuera de prisión. La imagen de Estados Unidos que surge de estos testimonios apenas si tiene relación con la tierra baldía imaginada por Eliot: está cargada de sentimientos y pasiones. A veces, desde luego, son también demasiados los sentimientos y demasiadas las pasiones. Muchos de estos relatos no rayan en la emotividad sino en la cursilería. Paradoja curiosa: algunos de estos textos corren el peligro del sentimentalismo, mientras Auster padece el de la geometría. Una obra es demasiado sentimental para ser extraordinaria, en tanto que la otra es demasiado simétrica para ser memorable.

Pero no importan los excesos sentimentales ni las carencias técnicas: el libro se vale de esos defectos para erigirse como un auténtico, descomunal testimonio de Estados Unidos. Quizá algún cínico diga incluso que este es el mejor libro de Paul Auster. Y tal vez no se equivoque. –

– RAFAEL LEMUS